



# LA INDUSTRIA Y EL PELIGRO DEL DESARRAIGO

P. ALFONSO L. QUINTAS

Puede parecer a primera vista incongruente dedicar un número de la Revista ARQUITECTURA a un tema tan amplio y no específicamente arquitectónico como es el estudio histórico y económico de la vida de una ciudad. Que esto de hecho se haga, indica que estamos desbordando la época—excesivamente larga—de los compartimentos estancos en que, por una especie de prurito de pureza metodológica muy cuestionable, cada profesional no parecía sentirse responsable sino de mantener firmes los límites que lo separan de otras profesiones. Así, se llegó a la llamada "barbarie del especialismo", de la que se han conseguido frutos espléndidos que, por inhumanos, han conducido a catástrofes masivas.

Lo cierto es que la Revista ARQUITECTURA, después de haber abierto, hace unos años, tres ventanas al exterior—el Arte, la Economía y la Filosofía—, aborda ahora con decisión un problema que no sólo afecta a la vertiente puramente urbanística de un pueblo, sino al conjunto de su existencia como tal. Con ello quiere ponerse al servicio de algo que se considera decisivo: el conocimiento directo de la vida de la nación. Sobre todo en momentos cruciales como el que atraviesa actualmente nuestro país, puede ser extraordinariamente aleccionador el ver, al hilo de la historia de un pueblo bien caracterizado, las posibilidades que puede abrir la inteligencia y

espíritu emprendedor de una generación, las vicisitudes porque debe necesariamente pasar a lo largo del tiempo la vida de una comunidad hacendosa, y los problemas con que se enfrenta en la actualidad. Sin duda alguna, encierra singular interés que los órganos prestigiosos de publicidad den cabida en sus páginas a la voz pública, a fin de hacer posible un diálogo fructífero entre los diversos estamentos sociales.

Al abrirse a las grandes preocupaciones sociales del momento, la Arquitectura—disciplina que no se enseña en la Universidad, sino en una Escuela Técnica—gana una dimensión de universalidad ejemplar que redundará en bien de todos y, no en último término, en el suyo propio.

Indudablemente, el problema radical de los países de suelo escasamente dotado por la Naturaleza es la de buscar fuentes de riqueza. El ejemplo del actual Estado de Israel impresiona por su radicalidad y alcance. A golpes de esfuerzo, inteligencia y espíritu combativo se está convirtiendo sistemáticamente el desierto en vergel y logrando abrir mercados internacionales merced a la racionalización inteligente del trabajo. Inteligencia que radica, no en último término, en los centros de alta investigación científica que se han convertido en el cerebro y más directo

auxiliar de los trabajos de desarrollo industrial y agrícola. Esta fecunda simbiosis de universidad, escuelas técnicas, institutos de investigación, etc., con la industria y el campo es sabido que se da desde hace tiempo en otros países de alto nivel cultural, como los Estados Unidos de América. Pero el ejemplo de un Estado recientemente constituido en el área de la cultura del vino y del olivo puede darnos a nosotros, españoles, materia abundante de honda reflexión.

No sin motivo escogió la Dirección de esta Revista la ciudad de Alcoy. Se trata, asimismo, de un pueblo mediterráneo que rehuyó sentarse a la sombra de la ancestral higuera, a la espera de una posible cosecha que tal vez nunca había de llegar, para poner decididamente manos a una obra que daría vida durante siglos a una cadena de industrias generacionales.

#### ORIGINALIDAD Y TESÓN

En medio de una región por excelencia agrícola, un pueblo carente de área cultivable se decide por la industria. No porque la existencia a mano de ciertas materias primas reclamase la erección de fábricas adecuadas a su elaboración, sino por la urgencia imperiosa de dar vida a un pueblo. En Alcoy no hay carbón ni hierro, y existe una industria de fundición; no hay celulosa, pero están en marcha fábricas de papel; no hay bosques, pero se trabaja intensamente en la industria carrocería, etc. A esta carencia inicial de materias primas se unía la dificultad de importarlas por la falta de medios adecuados de comunicación. Sólo una decidida voluntad de superación fué capaz de desbordar estas barreras y llevar a un pueblo a la prosperidad. De 14.600 habitantes en 1795, pasó recientemente a 53.000, y parece ser que se espera ver duplicada esta cifra en breve tiempo.

#### LA PLANIFICACIÓN RACIONALISTA Y SUS EXIGENCIAS

El desarrollo industrial obedece a leyes propias y, hasta cierto punto, inexorables que provocan situaciones y problemas sociales de la mayor envergadura. El cultivo del campo sigue un ritmo mucho más lento de crecimiento, y se pliega, por tanto, con más fidelidad, casi de modo orgánico, a las vicisitudes que provoca la marcha del tiempo. La misma "revolución industrial" de la agricultura reviste un carácter marcadamente pacífico, en relación con los seísmos provocados por el desarrollo industrial, por cuanto, en vez de contribuir a la formación de núcleos masivos de población, más bien lleva consigo la disminución en número y el crecimiento en personalidad de los hombres que cultivan la tierra. Pese a la industrialización, el trabajo en el campo se articula

sobre la base de la unidad familiar. Es una forma de trabajo esencialmente estructurado y personalmente cualificado. En la industria, los factores inventor-máquina y empresario-obrero provocan cambios tales en las condiciones de trabajo y en la marcha general de la empresa que por fuerza deben traducirse en graves conmociones sociales.

Por lo que toca a Alcoy, ya en 1821 se manifestaron las primeras reacciones violentas de los obreros ante la importación de máquinas que ponían en peligro su puesto de trabajo. Años antes había producido el mismo fenómeno una ola de preocupación en los grandes centros industriales de Inglaterra y Austria. Consciente de que su único amparo es la necesidad que el empresario tiene de sus brazos, el obrero ve en el perfeccionamiento de las máquinas su más caracterizado enemigo. Más tarde advertirá que el ahorro de salarios provocado por la modernización del material permite, a su vez, ampliar la empresa y abrir nuevos puestos de trabajo; entonces su atención no se dirigirá tan sólo al problema del paro, sino al de mejorar sus condiciones de existencia. Al cobrar conciencia de clase, los obreros convierten el número en temible arma política al servicio de sus intereses. (Por la lógica de las cosas, durante el siglo XIX Alcoy vivió jornadas muy violentas, sobre todo en los años 1821, 1868 y 1873.)

Al ser fruto, en gran parte, de una planificación teórica, la evolución industrial lleva en su seno el riesgo ineludible del racionalismo. El racionalismo es una actitud que tiende a violentar las cosas, sacrificando, en caso de conflicto, el destino de los particulares a la exigencia de los números, de las leyes internas de la Economía. Inserto en un medio industrial, con su prevalencia casi absoluta de productos artificiales, el hombre tiende a adoptar ante la vida una actitud de cálculo que está en perpetuo riesgo de anular en su espíritu el sentido de reverencia ante lo irreductible. De ahí el típico fenómeno del desarraigo que caracteriza a las sociedades fuertemente industrializadas.

#### EL DESARRAIGO Y LOS GREMIOS

Para obviar este grave peligro recurrieron las sociedades industriales a diversos medios, entre los cuales destaca la forma de agrupación llamada *gremio*, que se anticipa en varios siglos a la labor de las actuales Hermandades Laborales.

Todo gremio debía desempeñar tres funciones fundamentales: ordenar la buena marcha de los diferentes oficios, fomentar la ayuda mutua entre los afiliados y mantener la fe religiosa entre los mismos.

Es de advertir, por encima de la eficacia técnica y administrativa que tuvieron los gremios, de la inten-

sa actividad que ejercieron respecto a lo que podríamos llamar, con lenguaje actual, promoción social y caritas, el papel que desempeñaron en orden a la instauración de ritos y al cultivo de prácticas orientadas a lo trascendente. Todos los gremios rendían culto especial a un santo patrono y celebraban fiestas solemnes que constituían importantes puntos de confluencia en la vida social de la época. Piénsese, por ejemplo, en las famosas "fallas" valencianas y su tremenda carga simbólica.

Los gremios se cuidaban, así, de mantener vivo el fuego del símbolo, la tensión hacia lo que trasciende la prosa de las tareas cotidianas. Siglos de racionalismo laicizante agostarían más tarde este espíritu de reverente aceptación del misterio latente en la vida, sumiendo la existencia anodina del trabajador en un clima de desamparo caótico, que es *humus* propicio a toda violenta propaganda de doctrinas deletéreas. Faltos los hombres de arraigo en lo que los une al elevarlos a un plano superior de realidades trascendentes, la escisión se impone con su trágica secuela de odios y luchas clasistas.

Nunca se subrayará suficientemente lo nefasto que fué para Europa y la Humanidad entera que el llamado proletariado haya vinculado el progreso social con la pérdida del horizonte religioso y, en general, de la actitud religante frente a las realidades orladas de misterio, pues con ello hubo de pagar sus justas reivindicaciones a un precio excesivo que lo llevó a la más injustificada bancarrota espiritual. El éxodo de las masas obreras de la Iglesia, la "apostasía en masa de las clases obreras", en frase de Pío XI, responde a este lento y hondo proceso de desacralización de la vida, realizada al amparo de abusos que no sólo no respondían al espíritu de los gremios, antes constituían su más violento contrapolo.

Nuestra tarea actual consiste en debelar equívocos, y hacer ver a las gentes trabajadoras que la firmeza en la defensa de los propios derechos no sólo se riñe con la reverencia debida a lo altamente valioso, sino que se apoya en ella, pues no puede haber auténtica justicia si no se considera como algo irreductible y digno de inmenso respeto la persona del que aporta su energía cotidiana a la anónima actividad industrial. Pero esta dignidad personal pende, a su vez, constitutivamente, de la apertura del hombre a las realidades trascendentes, ya que el ser humano es tanto más autónomo, soberano y noble cuanto más religado y atendido vitalmente está respecto a aquello que, por ser altamente valioso, lo desborda, y, al desbordarlo, no lo inunda y anula como persona, antes lo sobrecoge y plenifica. Sólo en este caso pasa el hombre de mero individuo a persona, y deja de ser arbitrariamente disponible y ma-

nipulable. Demagogos expertos se han cuidado de despojar previamente a las multitudes obreras de cuanto las preserva de convertirse en masas amorfas, a fin de reducirlas a fáciles piezas de su turbio juego político.

Hemos de confesar, sin embargo, con irrestañable dolor, que los responsables sólo accedieron, de ordinario, a prestar oídos a las exigencias justas cuando éstas, por la acción de agitadores malintencionados, empezaban a convertirse en injustas, violentas y excesivamente peligrosas. Basta confrontar las fechas de fundación de los Sindicatos socialistas y los católicos para advertir que en esta cuestión tan inaplazablemente urgente para la vida humana los que tenían ideas equilibradas acerca de la existencia y la relación de los diversos estamentos sociales fueron a la zaga de los que preferían obtener por medios injustos una exigencia justa que hacer el juego a una sociedad que había hecho del expolio un sucedáneo grotesco del mandamiento cristiano del amor. Es éste, a no dudar, uno de los capítulos más deprimentes de la Historia de la Cultura, porque nos enseña de una vez para siempre y con máxima violencia que la civilización más refinada puede ir pacíficamente aliada con una conducta social monstruosa. Basta pensar que los empresarios que usufructuaron, por así decir, el genio de Mozart colmaron su vida de amargura y quebrantaron mortalmente su salud a golpes de arbitrariedades e injusticias. En época reciente parece ser que hubo altos mandos de ciertos partidos políticos que podían conjuntar las lágrimas ante una pieza musical y la firma de un decreto de exterminio que llevaba el luto a millares de familias.

La tragedia de la Historia Occidental radica en esta posible escisión entre Civilización y Cultura. La Ciencia se inicia por amor al saber, por afán noble de desvelar el secreto del Universo, pero se traduce de modo inmediato y como fatal en medio supremo de poder. Así, llega un día en que el hombre se halla dotado de un inmenso poder, pero de muy poco o ningún poder sobre dicho poder. Al ser los frutos de la Ciencia manipulables, y no exigir su usufructo un nivel correspondiente de madurez espiritual, no es extraño que nos sacuda a todos el sobresalto cuando advertimos en la actualidad tanta carga de civilización en gentes tan faltas de auténtica Cultura, de una sólida Ética del poder que domine la diabólica tendencia del hombre a imponerse mediante la astucia y la violencia.

Al cabo de tantos años sobrecargados de incidencias político-sociales, éstas son algunas de las consideraciones que me sugiere la lectura de la aleccionadora historia de una ciudad española fabril y módelica: Alcoy.